

# I

Hace varios años, Cele Goldsmith dirigía *Amazing Stories*, Una noche, en casa de Poul Anderson, trajo, por razones de economía, una serie de ilustraciones para cubiertas, y pidió a los presentes que elaboráramos relatos basados en aquellas ilustraciones. Poul aceptó, con bastante cautela, una de ellas cuyo tema ya he olvidado. A Frank Herbert se le asignó la representación de una cabeza humana con un corte que revelaba un infierno de llamas, criaturas semi-humanas que corrían a toda prisa, y todas las instalaciones de una planta de energía nuclear. Yo fui bastante más afortunado y recibí una imagen con la que se pretendía representar una flota de naves espaciales impulsadas por velas solares. Teóricamente, la idea es buena y, desde hace tiempo, los científicos espaciales han incluido este concepto entre sus especulaciones sobre futuros viajes planetarios. La astrogación, desde luego, es algo inmensamente complejo, pero, con una cuidadosa inclinación de la vela y utilizando gravedades planetarias y/o del sol, sepuede visitar cualquier región del sistema solar; nosiempre por la ruta más directa, pero los clippers avela también daban grandes rodeos en las rutas que seguían.

Las desventajas son lo complicado del equipo y la tremenda extensión de la vela -que tendría que ser medida en kilómetros cuadrados- necesaria para acelerar una nave de masa considerable a una velocidad apreciable y en un espacio de tiempo razonable.

Lo que me lleva de nuevo a mi cubierta. La artista, sin duda alguna por razones estéticas, representó las naves espaciales con unas velas de un tamaño similar a las de un bergantín, lo que probablemente no produciría más empuje de vuelo que el de una mosca. Además, las velas estaban pintadas de colores llamativos, desafiando la idea científica que especifica que las velas solares deberían ser ligeras membranas de plástico, recubiertas por una película de metal reflector de unas pocas

moléculas de espesor. Sin embargo, y al margen de lo ilógica que pudiera parecer la ilustración, tuve la sensación de que tenía que justificar cada detalle por uno u otro medio. Después de un considerable trabajo lo conseguí, sintiendo una enorme gratitud por no haber sido seleccionado para escribir sobre la cabeza cortada que le tocó a Frank Herbert.

## VELERO 25

### 1

Henry Belt entró lánguidamente en la sala de conferencias, subió al estrado y se sentó ante la mesa. Echó un vistazo a la sala; una mirada rápida y brillante que, sin fijarse en ninguna parte, trató a los ocho hombres jóvenes que tenía frente a él con un desinterés casi insultante. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un lápiz y una libreta roja y plana, que colocó sobre la mesa. Los ocho hombres jóvenes le observaron en absoluto silencio. Eran todos bastante parecidos: saludables, limpios, inteligentes, con unas expresiones idénticamente alertas y cautelosas. Cada uno de ellos había oído leyendas sobre Henry Belt; cada uno se había formado sus planes privados y tomado sus determinaciones.

Henry Belt parecía un hombre de una especie diferente. Su rostro era ancho, plano, endurecido por los cartílagos y los músculos, con una piel que tenía el color y la textura de la corteza de tocino. Unas toscas canas blancas cubrían su cuero cabelludo; sus ojos eran poderosas hendiduras, y su nariz una masa deforme. Sus hombros eran macizos, y las piernas cortas y nudosas.

—Antes que nada —dijo Henry Belt, con una mueca de indiferencia—, quiero dejar bien claro que no espero gustarles. Si es así, quedaré sorprendido y disgustado. Significará que no les he apretado con la dureza suficiente.

Se reclinó en el asiento, observando al silencioso grupo.

—Habrán oído contar historias sobre mí. ¿Por qué no me han despedido del servicio? El incorregible, el arrogante, el peligroso Henry Belt. El borracho Henry Belt. (Esto último, desde luego, es una calumnia, Henry Belt nunca ha estado borracho en su vida.) ¿Por qué me toleran? Por una razón muy simple: por necesidad. Nadie quiere hacerse cargo de esta clase de trabajo.

Sólo un hombre como Henry Belt puede resistirlo: año tras año en el espacio, sin otra cosa que mirar que media docena de jóvenes de cara redonda. El los saca, él los devuelve a su sitio. No todos ellos, ni todos los que regresan, son verdaderos astronautas. Pero todos cruzarán a la otra acera cuando le vean venir. ¿Henry Belt has dicho? Se pondrán pálidos o rojos. Ninguno de ellos sonreirá. Algunos ocupan ahora puestos muy altos. Podrían echarme de una patada si quisieran. Pregúntenles por qué no lo hacen. Henry Belt es un terror, les dirán. Es un perverso; es un tirano. Tan cruel como un hacha, tan voluble como una mujer. Pero un viaje con Henry Belt quita la espuma a la misma cerveza. Ha arruinado a más de un hombre; ha matado a unos pocos, pero quienes pasan la prueba, dicen con orgullo: ¡Yo entrené con Henry Belt!

»Otra de las cosas que pueden escuchar: Henry Belt tiene suerte. Pero no hagan caso de eso. La suerte desaparece. Formarán ustedes mi treceava clase y eso no es tener buena suerte. He salido con setenta y dos jovencitos, como ustedes, y no había ninguna diferencia entre unos y otros. He regresado doce veces, lo que se debe en parte a la buena suerte, y en parte a Henry Belt. El término medio del viaje es de unos dos años; ¿cómo puede soportarlo un hombre? Sólo hay uno que ha podido hacerlo: Henry Belt. He viajado por el espacio más que cualquier otro hombre vivo, y ahora les diré un secreto: ésta es la última vez que salgo. Empiezo a despertarme por las noches con extrañas visiones. Después de esta clase renunciaré. Espero que ustedes no sean supersticiosos. Una mujer de ojos blancos me dijo que moriría en el espacio. También me dijo otras cosas, todas las cuales resultaron ser ciertas. Nos vamos a conocer muy bien los unos a los otros. Y se preguntarán sobre qué bases hago mis recomendaciones. ¿Soy objetivo y honrado? ¿Aparto de mí la animosidad personal? Naturalmente, no habrá ninguna amistad. Bien, éste es mi sistema. Llevo una libreta roja. Aquí está. Anotaré sus nombres ahora mismo. ¿Cómo se llama usted?

—Soy el cadete Lewis Lynch, señor.

—¿Y usted?

—Edward Culpepper, señor.

—Marcus Verona, señor.  
—Vidal Weske, señor.  
—Marvin McGrath, señor.  
—Barry Ostrander, señor.  
—Clyde von Gluck, señor.  
—Joseph Sutton, señor.

Henry Belt escribió todos los nombres en la libreta roja.

—Este es el sistema. Cuando hagan ustedes algo que me fastidie les rebajo puntos. Al final del viaje, totalizo esos puntos, añado unos pocos aquí y allí por lo de la suerte, y ésa es la fórmula por la que me guío. Estoy seguro de que nada puede estar más claro. ¿Qué es lo que me fastidia? ¡Ah! Esa es una pregunta muy difícil de contestar. Si hablan ustedes demasiado: puntos de menos. Si se muestran malhumorados y taciturnos: puntos de menos. Si se muestran holgazanean y tratan de evitar el trabajo sucio: puntos de menos. Si muestran un celo excesivo y van de prisa a todas partes: puntos de menos. Servilismo: puntos de menos. Truculencia: puntos de menos. Si cantan y silban: puntos de menos. Si son unos pelmazos permanentes: puntos de menos. Como pueden ver, resulta difícil trazar la línea divisoria. Les voy a dar un consejo que les ahorrará muchos puntos negativos. No me gustan los chismorreos, sobre todo cuando se refieren a mí mismo. Soy un hombre muy sensible, abro mi libreta con rapidez en cuanto pienso que se me está insultando. —Henry Belt volvió a reclinarsse en el asiento—. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Bien —asintió Henry Belt con un gesto—. Es mejor que no hagan gala de su ignorancia en un momento tan temprano del juego. En respuesta a los pensamientos que en estos momentos están cruzando por la mente de cada uno de ustedes, debo decirles que no me creo un dios. Pero pueden pensarlo así, si quieren. Y esto —dijo levantando la libreta roja— pueden considerarlo como el compendio sincrético. Muy bien, ¿alguna pregunta?

—Sí, señor —dijo Culpepper.

—Hable.

—¿Alguna objeción contra bebidas alcohólicas a bordo, señor?

—Para los cadetes, sí, desde luego. Estoy de acuerdo

en que el agua debe ser llevada en cualquier caso, en que los compuestos orgánicos presentes puedan ser reconstituídos, pero, desgraciadamente, las botellas pesan demasiado.

—Comprendo, señor.

Henry Belt se levantó.

—Una última cosa. ¿Les he dicho que dirijo la nave con el mayor rigor? Cuando diga a saltar, espero que cada uno de ustedes salte inmediatamente. Se trata de un trabajo peligroso, desde luego. No garantizo su seguridad. Al contrario, y sobre todo desde el momento en que hemos sido asignados al viejo 25, que tendría que haber sido desguazado ya hace tiempo. Aquí son ustedes ocho. Sólo seis cadetes harán el viaje. Antes de que finalice la semana haré las notificaciones apropiadas. ¿Alguna otra pregunta,..? Muy bien entonces. Hasta luego.

Moviéndose lánguidamente sobre sus delgadas piernas, como si le dolieran los pies, Henry Belt abandonó la sala por el pasillo del fondo.

Por un momento se produjo el silencio. Después, Von Gluck dijo con un tono de voz suave:

—¡Su Excelencia!

—Es un tirano lunático —murmuró Weske—. Nunca había escuchado nada igual. ¡Megalomanía!

—Tomadlo con calma —observó Culpepper—. Y recordad, nada de murmuraciones.

—¡Bah! —exclamó McGrath—. Estamos en un país libre. Diré lo que quiera.

—Es un milagro que nadie le haya asesinado —dijo Weske, levantándose.

—Yo no quisiera intentarlo —comentó Culpepper—. Parece muy fuerte.

Hizo un gesto y se levantó, con las cejas fruncidas, pensativo. Después se dirigió a mirar por el pasillo por donde se había marchado Henry Belt. Allí, apretado contra la pared, estaba Henry Belt.

—¿Sí, señor? —dijo Culpepper con suavidad—. Deseaba saber cuándo quería usted convocarnos de nuevo.

Henry Belt regresó a la tribuna.

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro —se sentó y abrió su libreta roja—. Usted, señor

Von Gluck, ha hecho la observación «¡Su Excelencia!» en un tono de voz ofensivo. Un punto menos. Usted, señor Weske, utilizó las expresiones «tirano lunático» y «megalomanía» para referirse a mí. Tres puntos menos. Señor McGrath, observó usted que la libertad de expresión es doctrina oficial en este país. Se trata de una teoría que, por el momento, no tenemos tiempo de analizar, pero creo que esa afirmación, hecha en el contexto actual, posee un cierto tono de insubordinación. Un punto menos. Señor Culpepper, su complacencia imperturbable me irrita. Preferiría que mostrara una mayor incertidumbre, e incluso inseguridad.

—Lo siento, señor.

—Sin embargo, recordó mi regla a sus colegas, así es que no le rebajaré ningún punto en esta ocasión.

—Gracias, señor.

Henry Belt se reclinó en el asiento y se quedó mirando al techo.

—Escúchenme con atención, pues no me gusta repetir lo que digo. Tomen notas si quieren. Tema: veleros solares; teoría y práctica de los mismos. Se trata de un material con el que ya deben estar familiarizados, pero que repetiré para evitar ambigüedades.

»En primer lugar, ¿por qué preocuparnos por la navegación a vela cuando las naves nucleares son mucho más rápidas, seguras, directas y fáciles de manejar? La contestación tiene tres aspectos: primero, una vela no es un mal modo de mover transportes pesados, con lentitud, pero más económicamente, a través del espacio. Segundo, la autonomía de la vela es ilimitada, pues empleamos la presión mecánica de la luz para impulsarnos y, en consecuencia, no necesitamos ni maquinaria propulsora, ni material de eyección, ni fuente de energía. El velero solar es mucho más ligero que la nave propulsada por energía atómica, y puede transportar una mayor dotación de hombres en un casco mayor. Tercero, para entrenar a un hombre en el espacio no hay mejor instrumento que el manejo de un velero. Naturalmente, la computadora calcula el sesgo de la vela y traza el curso. De hecho, seríamos patos muertos si no tuviéramos la computadora. De todos modos, el control del velero familiariza al personal con

los aspectos cósmicos elementales: luz, gravedad, masa, espacio.

«Existen dos tipos de velero: puros y compuestos. El primero está basado exclusivamente en la energía solar, mientras que el segundo dispone de una fuente de energía secundaria. Se nos ha asignado el número 25, que pertenece a la primera clase. Está compuesto por un casco, un gran reflector parabólico que sirve como radar y antena de radio, así como de reflector para el generador de energía; y la vela propiamente dicha. La presión de la radiación, desde luego, es extremadamente débil, del orden de una onza por acre a esta distancia del sol. Necesariamente, la vela ha de ser extremadamente grande y ligera. Utilizamos una película de fluoro-silicona, de una décima de milímetro de espesor, velada con litio hasta alcanzar el estado opaco. Creo que la capa de litio es de un espesor de mil doscientas moléculas. Una hoja así pesa aproximadamente dos toneladas por kilómetro cuadrado. Está ajustada a un aro de tubos de acero mono-cristalino que van al casco.

«Tratamos de alcanzar un factor de peso de tres toneladas por kilómetro cuadrado, lo que produce una aceleración que oscila entre g/cien y g/mil, lo que depende de la proximidad al sol, del ángulo de sesgo, de la velocidad orbital circunsolar y de la capacidad de reflexión lumínica de la superficie. Estas aceleraciones parecen diminutas, pero los cálculos demuestran que son acumulativamente enormes. G/cien produce un incremento de velocidad de mil trescientos kilómetros por hora a cada hora, lo que representa treinta mil kilómetros por hora cada día, ocho kilómetros por segundo cada día. A estas velocidades se pueden cubrir distancias interplanetarias...manipulando la vela adecuadamente, claro está.

»Ya he citado las ventajas de la vela. Fácil de construir y barata en cuanto a operatividad. No requiere combustible, ni eyector. A medida que viaja por el espacio, la gran área captura varios iones, que pueden ser expulsados en el chorro de plasma accionado por el reflector parabólico, lo que añade otro incremento a la aceleración.

»Las desventajas de la vela son las del velero o nave

impulsada a vela, en la que tenemos que utilizar fuerzas naturales con una gran precisión y delicadeza.

»No existe límite determinado en cuanto al tamaño de la vela. En el 25 utilizamos unos seis kilómetros cuadrados de velamen. Para el presente viaje instalaremos una vela nueva, ya que la antigua está gastada y erosionada.

»Eso es todo por hoy.

Una vez más, Henry Belt bajó de la tarima y desapareció por el pasillo. En esta ocasión, no se produjo ningún comentario.

## 2

Los ocho cadetes compartían un mismo dormitorio, asistían juntos a clase y comían en la misma mesa en el comedor. En diversos talleres y laboratorios montaban, desmontaban y volvían a montar computadoras, bombas, generadores, giroplataformas, rastreadores de estrellas, equipos de comunicaciones.

—No basta el ser hábil con las manos —dijo Henry Belt—. La destreza no es suficiente. Son mucho más importantes la capacidad de recursos, la creatividad, la habilidad para introducir improvisaciones efectivas. Voy a someterles a una prueba.

Cada uno de los cadetes fue introducido en una habitación, en cuyo suelo había una gran cantidad de cajas mezcladas con hilos, herramientas y componentes de una docena de mecanismos variados.

—Se trata de una prueba de veintiséis horas —dijo Henry Belt—. Cada uno de ustedes dispone de una serie idéntica de componentes y suministros. No se deben intercambiar partes ni información entre ustedes. Aquéllos de quienes sospeche que han cometido esa falta, serán expulsados de la clase, sin recomendación. Quiero que construyan, primero una computadora Aminex Mark nueve. Segundo, un servomecanismo para orientar una masa de diez kilos hacia Mu Hércules. ¿Por qué Mu Hércules?

—Porque, señor, el sistema solar se mueve en dirección a Mu Hércules y de este modo evitamos el

error del paralelismo, por muy insignificante que pueda ser.

—Ese comentario final raya en la frivolidad, señor McGrath, lo que sólo sirve para distraer la atención de quienes están tratando de tomar cuidadosamente nota de mis instrucciones. Un punto menos.

—Lo siento, señor. Sólo intentaba expresar mi idea de que, por muchas razones prácticas, no es necesario alcanzar tal grado de exactitud.

—Esa idea, cadete, es lo bastante elemental como para que no necesite ser expresada. Aprecio la brevedad y la precisión.

—Sí, señor.

—Tercero, a partir de estos materiales, montar un sistema de comunicación que opere a cien vatios y que permita mantener una conversación en dos direcciones entre la base Tycho y Fobos, a la frecuencia que ustedes crean más conveniente.

Los cadetes iniciaron su trabajo de un modo similar, clasificando el material en varios montones, calibrando y comprobando después los instrumentos de medida. Los logros conseguidos fueron dispares. Culpepper y Von Gluck creyeron que, por una parte, la prueba era de una gran ingenuidad mecánica, y por otra de una gran rigurosidad que les llevó a la frustración, pero terminaron por no poder apasionarse cuando descubrieron que algunos componentes indispensables faltaban o no funcionaban correctamente, por lo que avanzaron en cada proyecto todo lo que les fue posible. McGrath y Weske, que comenzaron con la computadora, quedaron reducidos a una sensación de rabia, realizando acciones secundarias sin ninguna efectividad. Lynch y Sutton trabajaron tenazmente en la computadora, y Verona en el sistema de comunicaciones.

Culpepper fue el único que se las arregló para completar uno de los instrumentos, aunque para ello tuvo que serrar, pulir y acoplar secciones de dos cristales rotos, formando una tosca unidad más o menos, ineficiente, pero operativa.

Al día siguiente de la prueba, McGrath y Weske desaparecieron del dormitorio. Si lo hicieron por voluntad propia o por notificación de Henry Belt, fue algo que nunca supo nadie.

La prueba fue seguida por un fin de semana libre. El cadete Lynch, que asistió a un cocktail, se encontró hablando con un tal teniente coronel Trenchard, que sacude penosamente la cabeza al enterarse de que Lynch estaba siendo entrenado por Henry Belt.

—Yo mismo estuve con el Viejo Horror. Se lo digo muy en serio, fue un verdadero milagro que pudiéramos regresar. Belt estuvo borracho durante las dos terceras partes del viaje.

—¿Y cómo escapa al consejo de guerra? —preguntó Lynch.

—Es muy simple. Todos los altos jefes parecen haber sido entrenados por Henry Belt. Naturalmente, todos odian sus entrañas, pero muestran un perverso orgullo por ello. Quizá confíen en que, algún día, un cadete lo elimine.

—¿Lo ha intentado alguno?

—¡Oh, sí! En cierta ocasión lancé un golpe contra Henry. Tuve la suerte de salir del paso con un hueso del cuello roto y los dos tobillos torcidos. Si consigne usted volver con vida, tendrá buenas oportunidades para llegar a lo más alto.

A la noche siguiente, Henry Belt hizo saber:

—Nos vamos el martes que viene, por la mañana. Estaremos fuera varios meses.

El martes por la mañana, los cadetes ocuparon sus puestos en la cabina. Henry Belt apareció entonces. El piloto estaba preparado para el despegue.

—Pónganse los cascos. Se inicia la cuenta...

El proyectil empujó contra la tierra, se tensó y se elevó en el cielo. Una hora después, el piloto señaló:

—Aquí está su velero. El viejo 25. Y el 39 justo a su lado, recién llegado del espacio.

Henry Belt se quedó mirando, pasmado, por la portilla.

—¿Qué diablos le han hecho a la nave? ¿La han decorado? ¿Rojo, blanco, amarillo? ¿El tablero de damas?

—Gracias a algún idiota de tierra —dijo el piloto—. Se dijo que se embellecieran los viejos veleros para unos cuantos congresistas que iban de juerga.

—Observen esa teoría —dijo Henry Belt, volviéndose hacia los cadetes—. Es el resultado de la vanidad y la

ignorancia. Ahora tendremos que trabajar varios días para quitar esa pintura.

Se acercaron a la parte inferior de los dos veleros. El número 39 recién llegada del espacio, repuesto y brillante, junto a la destartada estructura del número 25. En el portalón de salida del 39, un grupo de hombres esperaba, con sus equipos flotando al extremo de cuerdas.

—Observen a esos hombres —comentó Henry Belt—. Están satisfechos. Han realizado un viaje agradable alrededor del planeta Marte. Están muy poco entrenados. Cuando ustedes regresen estarán ojerosos y desesperados, pero habrán sido bien entrenados. Y ahora, caballeros, ajústense los cascos y procederemos al traslado a bordo.

Los hombres aseguraron los cascos con las abrazaderas y la voz en Henry Belt les llegó por radio.

—Lynch, Ostrander, se quedarán aquí para descargar los suministros. Verona, Culpepper, Von Gluck y Sutton, salten con cuerdas a la nave; tiren de ellos y colóquenlos en las escotillas adecuadas.

Henry Belt se hizo cargo de sus efectos personales, consistentes en varias cajas grandes. Las dejó caer al espacio sujetadas por cuerdas, las empujó hacia el 25 y él mismo saltó tras ellas. Tomó impulso él mismo, empujó las cajas por delante de él hasta llegar a la portilla de entrada, y desapareció por ella.

Se efectuó el trasbordo de mercancías. La tripulación del 39 pasó al transporte que, después, se inclinó hacia abajo y tomó impulso. Su figura fue disminuyendo de tamaño, alejándose en dirección a la Tierra.

Una vez estibados todos los suministros, los cadetes se reunieron en el cuarto de oficiales.

Henry Belt apareció, saliendo del cubículo del comandante.

—Caballeros, ¿qué les parecen los alrededores? ¿Qué me dice usted, señor Culpepper?

—El interior es espacioso, señor. Y la vista magnífica.

Henry Belt asintió con un gesto.

—¿Y usted, señor Lynch? ¿Cuáles son sus impresiones?

—Me temo que todavía no las he clasificado, señor.

—Comprendo. ¿Y usted, señor Sutton?

—El espacio es mucho mayor de lo que me imaginaba, señor.

—Cierto. El espacio es inimaginable. Un buen astronauta debe estar por encima del espacio, o ignorarlo. Ambas cosas son difíciles. Bien, caballeros, haré unos cuantos comentarios; después, me retiraré y disfrutaré del viaje. Como es mi última salida, no tengo la menor intención de hacer nada. La operación de la nave quedará por completo en sus manos. Yo sólo apareceré de vez en cuando para sonreír con benevolencia o, ¡ay de ustedes!, para rebajar puntos en mi libreta roja. Si tenemos algún accidente, o nos hacen volar hacia el Sol, serán ustedes más desgraciados que yo, puesto que es mi destino morir en el espacio. Señor Von Gluck, ¿noto una sonrisa en su rostro?

—No, señor. Sólo es una semisonrisa reflexiva.

—¿Y qué hay de humorístico en la idea de mi fallecimiento, si le puedo preguntar?

—Sería una gran tragedia, señor. Sólo estaba reflexionando sobre la persistencia contemporánea de...bien, no se trata exactamente de la superstición, sino, digamos, de la convicción de la existencia de un cosmos subjetivo.

Henry Belt sacó su libreta roja y escribió una nota en ella.

—Sea lo que sea a lo que usted se refiere con ese lenguaje bárbaro, estoy seguro de no conocerlo, señor Von Gluck. Está claro que se cree un filósofo y un dialéctico. No le castigaré por eso, siempre y cuando en sus observaciones no perciba tono de malicia y de insolencia, a las que soy extremadamente sensible. Y en cuanto a la persistencia de la superstición, sólo una mente empobrecida se considera a sí misma como depositaria del conocimiento absoluto. Hamlet ya habló de este tema con Horacio, si la memoria no me falla, en la conocida obra de William Shakespeare. Yo mismo he tenido visiones extrañas y terroríficas. ¿Eran alucinaciones? ¿Eran el resultado de la manipulación del cosmos por parte de mi mente, o de la mente de alguien —o de algo— extraño a mí mismo? No lo sé. En consecuencia, aconsejo adoptar una actitud flexible con respecto a cuestiones sobre las que aún se desconoce toda la verdad. Por esta razón, el impacto de una experiencia inexplicable puede destruir muy bien una

mente que sea demasiado frágil. ¿He hablado con la suficiente claridad?

—Perfectamente, señor.

—Muy bien. Volvamos entonces a nuestro asunto. Estableceremos un sistema de horarios, mediante el que cada hombre trabajará alternativamente con los otros cinco. Con ello, espero evitar la formación de amistades especiales o capillitas.

«Han inspeccionado ustedes la nave. El casco es un sandwich de espuma aislada de litio-berilo, fibra y una piel interna. Es muy ligero y se mantiene rígido gracias a la presión del aire, más que por la propia dureza del material. Tenemos el espacio suficiente para estirar las piernas y para que cada uno de nosotros disponga de un poco de intimidad.

»El cubículo del comandante está a la izquierda.

A nadie le está permitida la entrada en mi camarote, bajo ninguna circunstancia. Si desean hablar conmigo, llamen a la puerta. Si aparezco, bien. Si no aparezco, márchense. A la derecha están los seis cubículos que se pueden distribuir por sorteo.

»Su plan de trabajo será el siguiente: dos horas de estudio, cuatro horas de vigilancia y seis de descanso. No exigiré ningún índice específico de progreso en sus estudios, pero les recomiendo que utilicen su tiempo lo mejor posible.

»Nuestro destino es Marte. Ahora construiremos una nueva vela; después, a medida que aumente la velocidad orbital, repasarán y comprobarán cuidadosamente todo el equipo de a bordo. Cada uno de ustedes computará el sesgo de la vela y el curso de la nave, y resolverán ustedes mismos cualquier discrepancia que pueda surgir. No intervendré para nada en los problemas de la navegación. Prefiero que no me involucren en ningún desastre. Si ocurriera tal cosa, castigaré severamente a las personas responsables.

»Está prohibido silbar, cantar y tararear. Desapruebo todo rasgo de temor o de histeria, y reduzco puntos en consonancia. Nadie se muere más de una vez. Sabemos muy bien cuáles son los riesgos de este trabajo que nosotros mismos hemos elegido. No habrá bromas de tipo práctico. Pueden luchar entre ustedes, mientras no me molesten ni estropeen ningún

instrumento. Sin embargo, les aconsejo no hacerlo, pues eso produce resentimientos, y he conocido a cadetes que se han matado entre sí. Les sugiero mantener una actitud fría e imparcial en sus relaciones personales. La utilización del proyector de microfilmes dependerá, desde luego, de ustedes mismos. No deben utilizar la radio ni para emitir ni para recibir despachos. De hecho, he dejado la radio fuera de servicio, como suelo hacer. Hago esto para resaltar el hecho de que, de una forma u otra, tenemos que arreglárnoslas contando únicamente con nuestros propios recursos. ¿Alguna pregunta...? Muy bien. Verán ustedes que, si se comportan con una corrección y exactitud escrupulosas, volveremos sanos y salvos, con un mínimo de puntos rebajados y sin pérdidas. Sin embargo, tengo la obligación de decirles que, en ninguno de mis doce viajes anteriores ha ocurrido así. Ahora seleccionen sus cubículos y coloquen sus pertenencias. El transporte traerá la nueva vela mañana y entonces empezarán a trabajar.

### 3

El transporte descargó un gran fardo de tubos de unos ocho centímetros: litio del espesor del papel, endurecido con berilo, reforzado con filamentos de acero monocristalino, con una longitud total de doce kilómetros. Los cadetes acoplaron los tubos, uno al extremo del otro, reforzando y asegurando las juntas. Cuando el tubo tenía ya una extensión de cerca de medio kilómetro, fue inclinado mediante una cuerda extendida entre los dos extremos, y se continuó añadiendo después otras secciones. A medida que continuaba el proceso, el extremo libre se curvaba cada vez más hasta que empezó a virar hacia el casco. Cuando se colocó el último tubo, el extremo suelto fue arriado y encajado para formar un gran aro de cuatro kilómetros de diámetro.

Henry Belt aparecía ocasionalmente, en su traje espacial, para echar un vistazo, y de vez en cuando decía unas cuantas palabras sardónicas, a las que los cadetes prestaban muy poca atención. Su estado de

ánimo había cambiado: era vigorizador encontrarse flotando ingravidamente sobre el luminoso globo lleno de nubes, con los continentes y los océanos girando masivamente allá abajo. Todo les parecía posible, hasta el viaje de entrenamiento con Henry Belt. Cuando él apareció para inspeccionar su trabajo, se miraron entre sí con una expresión de indulgencia divertida. De repente, Henry Belt parecía una criatura lamentable, un pobre vagabundo adecuado únicamente para lanzar bravatas de borracho. ¡Por fortuna, eran menos ingenuos que los componentes de las clases anteriores de Henry Belt! Si se hubieran tomado a Belt con seriedad, él les habría reducido a pulpa nerviosa, después de acobardarlos. ¡Pero eso no sucedería con esa tripulación! ¡Ellos podían ver a través de Henry Belt! Sólo tenían que mantener las manos limpias, cumplir con su trabajo y no perder el buen humor. El viaje de entrenamiento sólo duraría unos cuantos meses y después empezaría la verdadera vida. Había que aguantarlo, ignorando todo lo posible a Henry Belt. Esa era la actitud más razonable; la mejor forma de mantenerse por encima de la situación.

El grupo ya había valorado a sus miembros, llegando a establecer una serie de etiquetas convencionales. Culpepper: tranquilo, suave, de trato fácil. Lynch: excitable, siempre argumentando, de temperamento ardiente. Von Gluck: de temperamento artístico, delicado con las manos y la sensibilidad. Ostrander: remilgado, melindroso, superordenado. Sutton: con cambios bruscos de humor, receloso, competente. Verona: machacón, áspero exteriormente, pero persistente y persona de la que uno se podía fiar.

El aro brillante oscilaba alrededor del casco. Después, el transbordador trajo la vela, un gran rollo de material oscuro y brillante. Al ser desenrollado y desplegado muchas veces, se convirtió en una reluciente película de gran resistencia, ligera como una hoja dorada. Desplegada en toda su extensión era un disco brillante que ya se rizaba y se bombeaba a la luz del sol. Los cadetes unieron la película al aro, la extendieron, tensándola como el parche de un tambor y la fijaron en

su sitio. Ahora, la veía debía colocarse cuidadosamente de perfil al sol, pues encaso contrario se apartaría rápidamente, bajo un impulso de unos cincuenta kilos.

Desde los bordes de la estructura unas fibras trenzadas de acero dirigidas hacia el anillo situado en la parte posterior del reflector parabólico, haciendo que pareciera todo pequeño, del mismo modo que el reflector hacía parecer pequeño el casco. Ahora, el velero estaba preparado para iniciar el viaje.

El transporte trajo un cargamento final: agua, alimentos, recambios, unas piezas nuevas para el visualizador de microfilme, y correspondencia. Después, Henry Belt dijo:

—Larguen la vela.

Se trataba del proceso de volver la vela para que captara la luz del sol, mientras el casco se movía alrededor de la Tierra, alejándose del sol, inclinándose paralelamente a sus rayos cuando la nave se movía sobre la fase de su órbita que daba al astro; en otras palabras: adquiriendo una velocidad orbital que, en el momento adecuado, se desprendería de los lazos de la gravedad terrestre, enviando al velero 25 hacia Marte.

Durante este período, los cadetes comprobaron todos los equipos existentes a bordo de la nave. Hicieron muecas de disgusto y desaliento ante algunos de los instrumentos: el 25 era una nave antigua, con un equipo igualmente anticuado. Henry Belt parecía sentirse contento ante sus murmullos de protesta.

—Se trata de un viaje de entrenamiento —dijo—, y no de un crucero de placer. Si querían que alguien les sonara las narices deberían haber elegido un puesto en tierra. Y no tengo ninguna simpatía para quienes sólo buscan fallos. Si quieren ustedes un modelo por el que dirigir su conducta, obsérvenme a mí.

El receloso e introspectivo Sutton, que normalmente era el más tímido y lacónico de los individuos, se atrevió a expresar una broma de mal gusto.

—Si nosotros le tomáramos a usted como ejemplo, señor, no habría sitio para moverse a causa del whisky.

La libreta roja salió a relucir.

—Una insolencia extraordinaria, señor Sutton. ¿Cómo pudo dejarse guiar tan fácilmente por la mala intención?

Sutton se puso rojo; sus ojos relampaguearon, abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar con

firmeza. Henry Belt, que esperaba amablemente su contestación, se volvió hacia los demás.

—Ustedes, caballeros, se habrán dado cuenta de que obedezco rigurosamente mis propias reglas de conducta. Soy tan regular como un reloj. No hay un compañero de navegación mejor y más genial que Henry Belt. No hay ningún otro hombre más honrado y justo. Señor Culpepper, ¿quería usted decir algo?

—Nada de importancia, señor.

Henry Belt se dirigió hacia la portilla y observó la vela. Se volvió inmediatamente.

—¿Quién está de vigilancia?

—Sutton y Ostrander, señor.

—Caballeros, ¿han observado la vela? Ha oscilado y está ladeándose para mostrar su parte posterior al sol. Dentro de diez minutos estaremos enredados en ciento cincuenta kilómetros de cuerdas-guía.

Sutton y Ostrander se apresuraron a arreglar la situación. Henry Belt sacudió la cabeza con un gesto despreciativo.

—Eso es precisamente lo que significan las palabras «negligencia» y «distracción». Ustedes dos han cometido un error muy grave. Eso significa poca capacidad para ser hombres del espacio. La vela debe encontrarse siempre en una posición tal que mantenga las cuerdas bien tirantes.

—Parece que algo marcha mal con el sensor, señor—dijo Sutton—. Debería habernos avisado cuando la vela oscila hacia atrás.

—Me temo que voy a tener que rebajarle otro punto por plantear excusas, señor Sutton. Su deber consiste en asegurarse de que todos los instrumentos de aviso funcionen adecuadamente en cualquier momento. La maquinaria nunca debe ser utilizada como elemento sustitutivo de vigilancia.

Ostrander levantó la mirada del panel de control.

—Alguien ha apagado el conmutador, señor. No se lo digo como una excusa, señor, sino como una explicación.

—La línea de distinción entre una cosa y otra resulta a veces muy difícil de definir, señor Ostrander. Por favor, tenga muy en cuenta mis observaciones sobre la vigilancia.

—Sí, señor, pero..., ¿quién apagó el conmutador?

—Tanto usted como el señor Sutton están encargados teóricamente de observar cualquier accidente o incidencia. ¿No lo observó usted?

—No, señor.

—En tal caso, casi debo acusarle de otra falta de atención y negligencia.

¡Ostrander dirigió a Henry Belt una larga y recelosa mirada de soslayo.

—La única persona que recuerdo haber visto cerca del panel es usted mismo, señor. Pero estoy seguro de que no haría una cosa así.

Henry Belt sacudió la cabeza, con mal humor.

—En el espacio nunca debe confiar usted en que nadie mantenga una conducta racional. Hace apenas un momento, el señor Sutton me acusaba injustamente de ser un sediento del whisky. Suponga que es así. Suponga, como ejemplo de pura ironía, que hubiera estado bebiendo whisky. Que, de hecho, estuviera borracho.

—Estoy de acuerdo, señor, en que cualquier cosa es posible.

—Señor Ostrander —dijo Henry Belt, volviendo a sacudir la cabeza—, ése es el tipo de observación que habría expresado el señor Culpepper. Una respuesta mejor hubiera sido: «En el futuro, trataré de estar preparado para cualquier contingencia concebible.» Señor Sutton, ¿ha emitido usted un sonido siseante entre sus dientes?

—Estaba respirando, señor.

—Entonces, por favor, procure respirar con menos vehemencia.

Henry Belt se volvió y estuvo andando de un lado a otro del cuarto de oficiales, escudriñando cajas, frunciendo el ceño ante signos de manchas sobre el metal pulido. Ostrander le murmuró algo a Sutton y los dos observaron muy atentamente a Henry Belt, mientras éste se movía de un lado a otro. Finalmente, Henry Belt se volvió hacia ellos.

—Están demostrando mucho interés por mis movimientos, caballeros.

—Sólo estábamos observando para que no sucediera ninguna otra contingencia desagradable, señor.

—Muy bien, señor Ostrander. Continúen así. Nada es

imposible en el espacio. Me ocuparé personalmente de que sea así.

#### 4

Henry Belt puso a todos a trabajar para quitarla pintura de la superficie del reflector parabólico. Una vez realizada esta tarea, la luz solar fue enfocada sobre una extensión de células fotoeléctricas. La energía así generada fue utilizada para eyectar plasma, que expelía los iones recogidos por la extensa superficie de la vela, acelerando así más y más la nave, e impulsándola hacia una órbita de escape. Finalmente, un día, en un momento preciso dictado por la computadora, la nave se desprendió de la Tierra y flotó tangencialmente hacia el espacio, avanzando en ángulo hacia la órbita de Marte. Con una aceleración de  $g/100$ , la velocidad aumentó rápidamente. La Tierra se fue empequeñeciendo tras ellos; la nave estaba aislada en el espacio. Desapareció la sensación de euforia de los cadetes, y fue sustituida por una solemnidad casi funeraria. La visión de la Tierra empequeñeciéndose y quedando atrás es un símbolo imponente, equivale a una pérdida eterna, al acto de la muerte misma. Los cadetes más impresionables—Sutton, Von Gluck, Ostrander— no pudieron mirar por la popa sin que los ojos se les llenaran de lágrimas. Hasta el afable Culpepper quedó impresionado por la magnificencia del espectáculo: el sol era un infierno que no podía ser tolerado; la Tierra era como una perla plomiza rodando en terciopelo negro entre una miríada de diamantes brillantes. Y lejos de la Tierra, lejos del sol, se abría una exaltada magnificencia de un orden completamente distinto. Por primera vez, los cadetes tuvieron la ligera impresión de que Henry Belt había dicho la verdad cuando habló de visiones extrañas. Aquí había muerte; aquí había paz, soledad, belleza resplandeciente de las estrellas que prometían el no olvido en la muerte, sino la eternidad... Corrientes y rociadas de estrellas... La constelación familiar y sus estrellas, con sus nombres orgullosos, que se presentaban a sí mismas como

héroes: Achernar, Fomalhaut, Sadal, Suud, Canopus...

Sutton no pudo soportar el mirar al cielo.

—No es que tenga miedo —le dijo a Von Gluck—. O quizá sí, quizá se trate de miedo. Me absorbe y me saca de aquí... Supongo que me acostumbraré con el tiempo.

—No estoy tan seguro —replicó Von Gluck—. No me sorprendería nada que el espacio pudiera llegar a convertirse en un hábito psicológico, en una necesidad..., de modo que siempre que vayas andando por la Tierra te sientas caliente y sin respiración.

La vida se estabilizó en la rutina. Henry Belt ya no parecía un hombre, sino un aspecto caprichoso de la naturaleza, como una tormenta o un relámpago, y a veces parecía como un cataclismo natural. Henry Belt no demostraba ningún favoritismo, ni olvidaba ninguna broma u ofensa. Aparte de los cubículos privados, ningún lugar de la nave escapaba a su atención. Siempre olía a whisky, y los cadetes llegaron a especular sobre cuánto whisky habría traído exactamente a bordo. Pero, independientemente del olor o de lo mucho que pudiera oscilar sobre sus pies, sus ojos permanecían siempre atentos y firmes, y hablaba sin cometer un solo fallo con un tono de voz paradójicamente claro y dulce.

Un día pareció encontrarse ligeramente más bebido de lo usual y ordenó a todos que se pusieran los trajes espaciales y salieran a inspeccionar la vela para detectar las perforaciones causadas por los meteoritos. La orden pareció tan extraña que los cadetes se le quedaron mirando fijamente, con incredulidad.

—Caballeros, están dudando; no trabajan nada; se pasan el tiempo holgazaneando lujuriosamente. ¿Acaso creen estar en la Riviera? Pónganse inmediatamente los trajes espaciales y todo el mundo afuera. Comprueben el estado del aro, de la vela, del reflector, de los puntales y sensores. Estarán afuera durante dos horas. Cuando regresen, quiero un informe detallado de todo. Señor Lynch, creo que está usted a cargo de este turno de vigilancia. Me presentará usted el informe.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Se darán cuenta de que la vela

forma una ligera bolsa a causa de la continua presión de la radiación. En consecuencia, actúa como un instrumento de foco; el punto focal se encuentra probablemente detrás de la cabina. Pero no es un hecho totalmente comprobado. He visto a un hombre arder hasta morir en un accidente fortuito de ese tipo. Ténganlo presente.

Durante dos horas, los cadetes estuvieron deambulando por el espacio, impulsados por tanques de gas y tubos propulsores. Todos disfrutaron de la experiencia excepto Sutton, que se sintió aterrorizado por la intensidad de sus emociones. Probablemente, el menos afectado fue el práctico Verona, que inspeccionó la vela con una cuidadosa exactitud, suficiente para satisfacer incluso a un Henry Belt.

Al día siguiente, la computadora se estropeó. Ostrander estaba a cargo del turno de guardia y llamó a la puerta de Henry Belt para darle el informe.

Henry Belt apareció en el dintel. Al parecer, había estado durmiendo.

—¿Cuál es la dificultad, señor Ostrander?

—Tenemos problemas, señor. La computadora está fuera de servicio.

Henry Belt se pasó una mano por su canoso pelo.

—No es una circunstancia tan extraña —comentó—. Nos preparamos para esta contingencia enseñando a todos los cadetes cómo diseñar y reparar la computadora. ¿Ha identificado la dificultad?

—Se han roto los cojinetes que suspenden los discos de separación de información. El eje se ha desplazado varios milímetros y, como consecuencia, hay una confusión total en la información que se presenta al analizador.

—Un problema muy interesante. ¿Por qué me lo plantea a mí?

—Creí que debería informarle, señor. No creo que llevemos recambio para estos cojinetes.

—Señor Ostrander —dijo Henry Belt moviendo la cabeza con un gesto de mal humor—. ¿Recuerda usted la afirmación que hice al principio de este viaje en el sentido de que ustedes seis eran totalmente responsables de la navegación de la nave?

—Sí, señor, pero...

—Esta es una situación a la que se puede aplicar perfectamente lo que dije. Deben reparar ustedes mismos la computadora, o realizar los cálculos.

—Muy bien, señor. Haremos lo que podamos.

## 5

Lynch, Verona, Ostrander y Sutton desmontaron el mecanismo, y quitaron el cojinete partido.

—¡Endiabladamente antiguo! —exclamó Lynch—. ¿Por qué no nos podrán dar un equipo decente? Y si quieren matarnos, ¿por qué no disparan contra nosotros y nos ahorran todos estos problemas?

—Aún no estamos muertos —dijo Verona—. ¿Has mirado a ver si tenemos recambio?

—Naturalmente, no hay nada que se parezca a esto ni remotamente.

Verona se quedó mirando recelosamente el cojinete.

—Supongo que podríamos fundir un manguito y acoplarlo después. Eso es lo que tendremos que hacer..., a menos que todos nosotros seamos extraordinariamente rápidos en nuestros cálculos matemáticos.

Sutton miró por la portilla y apartó rápidamente los ojos.

—Creo que deberíamos recoger vela.

—¿Por qué? —preguntó Ostrander.

—No deberíamos alcanzar demasiada velocidad, Ya vamos a treinta millas por segundo.

—Marte está muy lejos.

—Y si nos equivocamos, pasaremos de largo. ¿Dónde estaremos entonces?

—Sutton, eres un pesimista. Es una vergüenza encontrar tendencias tan morbosas en una persona tan joven —comentó Von Gluck.

—Prefiero ser un pesimista vivo que un comediante muerto.

El nuevo manguito fue fundido, pulido y acoplado. Con gran ansiedad, comprobaron la alineación de los discos de información.

—Bien —dijo Verona nada convencido—, hay una pequeña oscilación. Hasta qué punto afectará eso al funcionamiento, es algo que aún está por ver. Podemos reducirla un poco ajustando el montaje.

Insertaron unas tiras de papel de seda y la oscilación pareció quedar reducida.

—Y ahora... pasa la información —dijo Sutton—Veamos qué hemos conseguido.

El sistema fue alimentado con coordenadas; el indicador saltó.

—Aumentar el sesgo de la vela en cuatro grados—dijo Von Gluck—. Estamos derivando demasiado hacia la izquierda concéntrica. Curso proyectado...—pulsó unos botones, observó la línea brillante que se extendía a través de la pantalla, oscilando alrededor de un punto que representaba el centro de gravedad de Marte—. Daremos una pasada elíptica, a unos cuarenta mil kilómetros de distancia. Eso teniendo en cuenta la aceleración actual, lo que nos impulsará directamente de regreso a la Tierra.

—¡Eso es grande! ¡Simplemente grande! ¡Vamos,25! —exclamó Lynch—. He oído decir que algunos se arrojan al suelo y besan la tierra cuando descienden. Pero yo creo que voy a vivir en una cueva durante el resto de mi vida.

Sutton fue a mirar los discos de información. La oscilación era ligera, pero perceptible.

—¡Dios mío! —exclamó con voz ronca—. El otro extremo del eje también está suelto.

Lynch empezó a lanzar imprecaciones. Verona se limitó a encogerse de hombros,

—Empecemos a trabajar para arreglarlo.

Fundieron otro cojinete, lo pulieron y lo montaron. Los discos oscilaban, rozándose. Marte, una esfera de color ocre, se acercaba cada vez más por un lado. Sin poder confiar en la computadora, los cadetes calcularon y trazaron el curso manualmente. Los resultados mostraron una ligera pero significativa variación con respecto a los de la computadora. Los cadetes se miraron hoscamente entre sí.

—Bueno —gruñó Ostrander—, hay error. ¿Son los

instrumentos? ¿Los cálculos? ¿El trazado del curso? ¿O la computadora?

—En cualquier caso —dijo Culpepper en voz suave— no nos vamos a estrellar de cabeza.

Verona volvió a estudiar la computadora.

—No puedo imaginar por qué los cojinetes no trabajan mejor... Las abrazaderas de montaje..., ¿podrían haber sido desplazadas?

Quitó la cubierta lateral, estudió el armazón y después se dirigió hacia la caja de herramientas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sutton.

—Tratar de aflojar las abrazaderas de montaje. Creo que ése es nuestro problema.

—¡Déjame que lo haga yo! Tú trabarías la maquinaria y ya no podría volver a funcionar.

Verona se detuvo y miró inquisitivamente al grupo que tenía delante.

—Y bien, ¿cuál es el veredicto?

—Quizá sea mejor consultar con el viejo —dijo nerviosamente Ostrander.

—Eso está muy bien..., pero ya sabes lo que dirá.

—Echémoslo a suertes. El que saque el as de espadas va a preguntarle.

Culpepper recibió el as. Llamó a la puerta de Henry Belt. No hubo respuesta. Iba a llamar otra vez, pero se contuvo, reprimiéndose. Después volvió adonde estaba el grupo.

—Esperemos hasta que salga. Preferiría estrellarme contra Marte que verle sacar su libreta roja.

La nave cruzó la órbita de Marte lejos del planeta rojo. Se les acercó tambaleándose, con una peculiar y tosca grandeza, en forma de una masa evidentemente voluminosa y globular, pero los detalles eran tan claros y nítidos y con tal falta de perspectiva, que la distancia y el tamaño podrían haber sido cualquier cosa. En lugar de oscilar, trazando una clara curva elíptica para regresar a la Tierra, la nave se desvió hacia un lado, trazando una abrupta hipérbola y continuó su camino a una velocidad cercana ahora a los ochenta kilómetros por segundo. Marte fue quedando atrás y a un lado. Ante ellos se extendía una parte nueva del espacio. El sol era notablemente más pequeño. Ya hacía tiempo que la Tierra no se podía diferenciar a simple vista de

las otras estrellas. Marte se alejó con rapidez y suavidad y el espacio parecía solitario y abandonado.

Henry Belt no apareció en dos días. Finalmente, Culpepper fue a llamar a la puerta... una, dos, tres veces, hasta que un extraño rostro se asomó por ella. Era Henry Belt, con una cara ojerosa y la piel pálida. Sus ojos brillaban con un color rojo; su pelo aparecía enmarañado y más despeinado de lo que debía estar un pelo tan corto como el suyo. Pero habló con su voz habitual, clara y tranquila.

—Señor Culpepper, su despiadado estruendo me ha molestado. Estoy bastante enojado con su manera de proceder.

—Lo siento, señor. Temíamos que estuviera enfermo.

Henry Belt no contestó. Miró por encima de Culpepper, observando el círculo de rostros.

—Caballeros, están ustedes anormalmente serios. ¿Es esta presunta enfermedad mía la causante de toda esa angustia?

—La computadora está fuera de servicio —dijo Sutton, hablando con rapidez.

—¿Y bien? Tienen ustedes que repararla.

—Se trata de alterar la cubierta. Si lo hacemos de un modo incorrecto...

—Señor Sutton, no me acose con los detalles de dirigir la nave hora por hora.

—Pero, señor, la cuestión es grave; necesitamos su consejo. Ya hemos perdido la posibilidad de volver alrededor de Marte.

—Bueno, supongo que siempre nos quedará Júpiter. ¿Es que debo explicarle ahora los elementos básicos de astrogación.

—Pero la computadora no funciona... definitivamente.

—En ese caso, sí desea volver a la Tierra, tiene que realizar los cálculos pertinentes con lápiz y papel. ¿Por qué hay necesidad de explicar lo que es evidente?

—Queda mucho camino para llegar a Júpiter —objetó Sutton con un tono de voz chillón—. ¿Por qué no podemos volver ahora mismo y regresar a casa?—esta última pregunta la hizo casi en un susurro.

—Ya veo que he sido demasiado condescendiente con ustedes —dijo Henry Belt—. Están aquí,

tontamente, sin hacer nada; hablan de tonterías mientras la maquinaria se deshace a piezas y la nave vuela libre. Que todo el mundo se ponga los trajes espaciales para realizar una inspección de la vela. Vamos. A ver si nos divertimos un poco. ¿Pero qué son ustedes? ¿Cuerpos andantes? Usted, señor Culpepper, ¿por qué se retrasa?

—Se me acaba de ocurrir, señor, que nos estamos acercando al cinturón de asteroides. Como en estos momentos soy jefe de la guardia, creo mí deber permanecer en mi puesto para sesgar la vela y evitar la zona.

—Lo puede hacer. Pero después reúnanse con los demás para inspeccionar la vela y el casco.

—Sí, señor.

Los cadetes se pusieron los trajes espaciales, Sutton con la mayor desgana. Marcharon después hacia el oscuro vacío, y allí también se encontraron solos.

Cuando regresaron, Henry Belt se había vuelto a encerrar en su cubículo.

—Como ha señalado el señor Belt —dijo Ostrander—, no tenemos otra alternativa. Hemos pasado Marte, así es que intentémoslo en Júpiter. Afortunadamente, está en buena posición..., pues de otro modo tendríamos que llegar hasta Saturno o Urano...

—Todos ellos están detrás del sol... —observó Lynch—. Júpiter es nuestra última oportunidad.

—Entonces, pongámonos a trabajar ahora mismo. Hagamos un último intento para acoplar correctamente esos malditos cojinetes...

Pero ahora parecía como si las oscilaciones y los movimientos laterales hubieran sido eliminados. Los discos giraban perfectamente y el monitor de exactitud brillaba con una luz verde.

—¡Esto sí que es grande! —gritó Lynch—. Suministrémosle la información. ¡Vamos! A toda vela hacia Júpiter. ¡Buen Dios! ¿pero estamos haciendo un viaje?

—Espera a que todo haya acabado —dijo Sutton quien, desde que regresara de la inspección exterior había permanecido a un lado, con las mejillas enrojecidas y mirando fijamente hacia un punto—. Todavía no ha terminado. Y quizá no termine.

Los otros cinco hicieron como si no le hubieran escuchado. La computadora emitía números y ángulos. Había que viajar mil quinientos millones de kilómetros. La aceleración era menor, debido a la disminución en la intensidad de la luz solar. Tendría que pasar por lo menos un mes hasta que Júpiter estuviera algo cerca.

## 6

El gran velamen se extendía hacia la débil luz solar, huyendo como un fantasma..., lejos, cada vez más lejos. Cada uno de los cadetes llevó a cabo tranquilamente los mismos cálculos, y todos llegaron a los mismos resultados. Si la oscilación alrededor de Júpiter no se realizaba con toda exactitud; si la nave no era lanzada hacia atrás, como una piedra rebotando sobre una cuerda tensa, no habría nada más allá. Saturno, Urano, Neptuno y Plutón quedaban muy lejos, al otro lado del sol; la nave, a una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por segundo no podría ser detenida por la menguante gravedad del sol, ni acelerada lo suficiente en una dirección concéntrica, mediante vela y propulsión como para entrar en una verdadera órbita. La misma naturaleza de la vela la hacía inútil como freno; el impulso era siempre hacia adelante. Dentro del casco vivían y pensaban siete hombres, y la relación psíquica actuaba y se agitaba como levadura en una tinaja de fruta podrida. La similitud fundamental, la identidad humana de los siete hombres había quedado totalmente eliminada; sólo se ponían de manifiesto las disparidades. Cada cadete aparecía ante los otros como una característica que se movía, y Henry Belt era Algo incomprensible que surgía de su cubículo en momentos impredecibles, para moverse tranquilamente por aquí y por allá, con la ciega mirada de un arcaico héroe ático.

Júpiter surgió y fue ganando en volumen. La nave, que al final se encontró al alcance de la gravedad joviana, fue captada por ésta. Los cadetes prestaron aún una mayor atención a la computadora, comprobando y volviendo a comprobar las instrucciones. Verona era quien más asiduamente

realizaba esta tarea, y Sutton el más preocupado e inefectivo. Lynch gruñía, maldecía y sudaba. Ostrander se quejaba con voz impaciente. Von Gluck trabajaba con la calma de un fatalismo pesimista. A Culpepper no parecía importarle nada y su actitud era casi gallarda, con una suavidad que desconcertaba a Ostrander, ponía furioso a Lynch y despertaba un odio maligno en Sutton. Por el contrario, Verona y Von Gluck parecían extraer fuerzas y estímulo de la plácida aceptación de la situación por parte de Culpepper. Henry Belt no decía nada. De vez en cuando, salía de su cubículo para inspeccionar el cuarto de oficiales y a los cadetes con el interés objetivo con el que un visitante puede inspeccionar un asilo.

Fue Lynch quien hizo el descubrimiento. Lo indicó con un terrible gruñido de pura consternación, que produjo un sonido interrogativo y resonante en Sutton.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Lynch.

—¿Qué ocurre? —preguntó Verona, que estaba a su lado.

—Mira. Este instrumento. Cuando volvimos a colocar los discos desplazamos todo el aparato una muesca. Este punto blanco y este otro punto blanco tendrían que sincronizar. Ahora están un poco separados. Todos los resultados concordarían y serían consistentes porque todos habrían salido del mismo factor.

Verona se puso inmediatamente en movimiento. Desmontó la cubierta y sacó algunos componentes. Después elevó suavemente el instrumento hasta colocarlo en su alineación correcta. Todos los demás cadetes se inclinaron sobre él, excepto Culpepper, que estaba a cargo de la guardia.

En aquellos momentos apareció Henry Belt.

—Caballeros, sin duda alguna son ustedes muy diligentes en su navegación —dijo—. Casi perfeccionistas.

—Hacemos todo lo que podemos —dijo Lynch, hablando entre dientes—. Es una verdadera vergüenza enviarnos al espacio con una máquina como ésta.

La libreta roja apareció inmediatamente.

—Señor Lynch, un punto de menos, no por sus sentimientos privados, que es usted muy libre detener, sino por expresarlos en voz alta, contribuyendo así a

crear una atmósfera poco saludable de desesperación y de pesimismo histórico.

Desde la nuca de Lynch surgió una oleada rojiza que se extendió por su rostro. Se inclinó sobre la computadora y no hizo ningún comentario. Pero, de repente, Sutton empezó a gritar:

—¿Qué otra cosa espera de nosotros? ¡Hemos venido aquí para aprender, no para sufrir, ni para volar eternamente! —lanzó una risotada horrible, mientras Henry Belt le escuchaba pacientemente—. ¡Piénselo! —gritó Sutton—. Nosotros siete. En esta cápsula. ¡Para siempre!

—Me temo que voy a tener que rebajarle dos puntos por su explosión, señor Sutton. Un buen astronauta mantiene su dignidad a toda costa.

Lynch levantó la mirada de la computadora.

—Bien, ahora disponemos de una lectura correcta. ¿Sabe usted lo que dice?

Henry Belt le devolvió una mirada inquisitiva, pero amable.

—Vamos a fallar —dijo Lynch—. Vamos a pasar de largo, del mismo modo que pasamos junto a Mar-te. Júpiter está atrayéndonos a su alrededor para despedirnos después en dirección a Géminis.

Se hizo un profundo silencio en la sala. Henry Belt se volvió para mirar a Culpepper, que estaba junto al portillo, fotografiando Júpiter con su cámara personal.

—¿Señor Culpepper?

—Sí, señor.

—A usted no parece preocuparle mucho la perspectiva que acaba de anunciarnos el señor Sutton.

—Espero que no se trate de nada inminente,

—¿Cómo se propone evitarla?

—Supongo que emitiremos un mensaje por radio pidiendo ayuda, señor,

—Olvida usted que he destruido la radio.

—Recuerdo haber visto una caja almacenada con la indicación «recambios de radio».

—Siento desilusionarle, señor Culpepper. Pero esa caja tiene la etiqueta equivocada.

Ostrander se levantó de un salto y abandonó el cuarto de oficiales. Se escuchó el sonido de unas cajas que

estaban siendo apartadas. Hubo entonces un momento de silencio y finalmente regresó al cuarto. Se quedó mirando a Henry Belt con los ojos brillantes.

—Whisky, botellas de whisky.

—Ya se lo había dicho —asintió Henry Belt.

—Pero eso quiere decir que no tenemos radio...—observó Lynch con un tono de inquietud en su voz.

—Nunca hemos tenido radio, señor Lynch. Fueron advertidos de que dependerían exclusivamente de sus propios recursos para regresar a casa. Han fracasado, y en ese proceso no sólo se han condenado ustedes, sino también a mí. Y, a propósito, debo rebajarles a todos diez puntos por no haber comprobado debidamente el cargamento,

—Puntos —dijo Ostrander con voz cruda.

—Y ahora, señor Culpepper —dijo Henry Belt—. ¿Cuál es su siguiente proposición?

—No lo sé, señor.

Verona habló con un tono de voz apaciguador:

—¿Qué haría usted, señor, si se encontrara en nuestra situación?

—Soy un hombre con mucha imaginación —dijo Henry Belt, sacudiendo la cabeza—, pero hay ciertos lapsus mentales, señor Verona, que no puedo controlar —y, en cuanto terminó de decir esto, se volvió a su cubículo.

Von Gluck miró con curiosidad a Culpepper.

—Es cierto, tú no estás preocupado.

—¡Oh! Estoy preocupado. Pero creo que el señor Belt también quiere regresar a casa. Es demasiado buen astronauta para no saber con toda exactitud lo que está haciendo.

La puerta del cubículo de Henry Belt se abrió y él apareció en el dintel.

—Señor Culpepper, he tenido ocasión de escuchar su observación, por lo que le anoto diez puntos en contra. Esa actitud expresa una complacencia que resulta tan peligrosa como la explosión del señor Sutton —echó un vistazo por el cuarto y añadió—: No presten ninguna atención al señor Culpepper. Está en un error. Aun cuando pudiera reparar este desastre, no movería una sola mano. Al fin y al cabo, espero morir en el espacio.

La vela fue inclinada, sin vector, de perfil hacia el Sol. Júpiter era una mancha que ya había quedado a popa. Había cinco cadetes en el cuarto de oficiales. Culpepper, Verona y Von Gluck estaban sentados en el suelo, encogidos, con los brazos sobre las rodillas y las caras hacia la pared.

Sutton se había marchado dos días antes. Se puso tranquilamente su traje espacial, se dirigió a la cámara de salida y se lanzó de cabeza al espacio. Una unidad propulsora le proporcionó la velocidad añadida y antes de que ningún cadete pudiera intervenir ya había desaparecido.

Poco después, Lynch y Ostrander se desmoronaron víctimas de la inactividad, víctimas de una especie de impotencia pesimista: un estado maniaco-depresivo en su fase más embrutecedora. Quedaban Culpepper el suave, Verona el pragmático y Von Gluckel sensible.

Hablaban tranquilamente entre sí, sin que Henry Belt les pudiera escuchar desde su cubículo.

—Sigo creyendo —dijo Culpepper— que, de algún modo, existe un medio de sacarnos de esta situación, y que Henry Belt lo conoce.

—Quisiera poder pensar así... —dijo Verona—. Hemos hablado de eso cientos de veces. Si ponemos rumbo a Saturno o Neptuno, o Urano, el vector exterior del impulso, más el vector exterior del ímpetu nos llevarán mucho más allá de Plutón antes de que estemos cerca de cualquier trayectoria que podamos controlar. Los eyectores de plasma podrían detenernos si tuviéramos energía suficiente, pero el escudo no puede suministrarla y no disponemos de ninguna otra fuente de energía...

Von Gluck lanzó entonces su puño contra su propia mano.

—Compañeros —dijo con una voz suave y deliciosa—, creo que tenemos a mano energía suficiente. Utilizaremos la vela. ¿Recordáis? Forma una especie de vientre abombado. Puede funcionar como un espejo. Se puede extender ocho kilómetros cuadrados. La luz del Sol aquí es muy débil..., pero si conseguimos reunir la suficiente...

—¡Comprendo! —exclamó Culpepper—. Le damos la vuelta a la envoltura hasta que el reactor esté en el foco de la vela y ponga en marcha los eyectores.

—Seguimos recibiendo presión de radiación —dijo Verona con recelo—. Y, lo que es peor, los eyectores afectarán a la vela con el resultado de anular el efecto. Así no vamos a ninguna parte.

—Si recortamos el centro de la vela..., justo lo suficiente para permitir que el plasma pase por el hueco, eliminaríamos esa objeción. En cuanto a la presión de radiación..., seguramente lo haremos mejor con el impulsor del plasma.

—¿Y qué utilizamos como plasma? No tenemos suministros.

—Cualquier cosa que pueda ser ionizada. La radio, la computadora, tus zapatos, mi camisa, la cámara de Culpepper. El whisky de Henry Belt...

## 8

El transbordador salió al encuentro del velero 25, en órbita junto al 40, que estaba siendo preparado para salir con una nueva tripulación.

El transbordador se acercó más, colocándose en posición. Tres hombres saltaron al espacio, dirigiéndose hacia el velero 40, situado unos pocos cientos de metros por detrás del 25, sujetos por cuerdas al transbordador, empujando cajas de suministros y equipo por el espacio.

Los cinco cadetes y Henry Belt, vestidos con sus trajes espaciales, salieron a la luz del sol. La Tierra se extendía debajo de ellos, verde y azul, blanca y marrón, con sus contornos tan preciosos y queridos como para hacerles saltar las lágrimas. Los cadetes que estaban transbordando mercancías al velero 40 les observaron con curiosidad mientras trabajaban. Finalmente, terminaron su trabajo y los seis hombres del velero 25 subieron a bordo del transbordador.

—De regreso sanos y salvos, ¿eh, Henry? —dijo el piloto—. Bueno, siempre me sorprende.

Henry Belt no le contestó. Los cadetes ordenaron sus efectos personales y, quedándose junto a la portilla,

echaron un último vistazo al velero 25. El transbordador puso en marcha los retropropulsores y los dos veleros parecieron elevarse por encima de ellos.

El transbordador puso proa hacia la atmósfera, frenó, extendió sus alas y se deslizó en un fácil aterrizaje sobre el desierto de Mojave,

Los cadetes, sintiendo repentinamente las piernas flaccidas y débiles ante la gravedad a la que no estaban acostumbrados, saltaron detrás de Henry Belt para dirigirse al vehículo todo terreno que les esperaba. Tomaron asiento y fueron conducidos al complejo administrativo. Bajaron del vehículo y entonces Henry Belt los llevó a todos hacia un lado.

—Aquí, caballeros, es donde les dejo. Esta noche comprobaré mi libreta roja y prepararé mi informe oficial. Pero creo que les puedo adelantar un resumen no oficial de mis impresiones. Señores Lynch y Ostrander, creo que no son ustedes aptos ni para el mando, ni para ninguna situación que ejerza una prolongada presión emocional sobre ustedes. No les puedo recomendar para realizar tareas espaciales.

—Señores Von Gluck, Culpepper y Verona, todos ustedes cumplen con mis exigencias mínimas para recomendarles positivamente, aunque sólo escribiré las palabras «especialmente recomendados» junto a los nombres de Clyde von Gluck y Marcus Verona. Fueron ustedes los que trajeron la nave a la Tierra con una navegación que, en lo esencial, no conoció fallos.

»Así pues, aquí termina nuestro contacto. Confío en que lo hayan aprovechado.

Henry Belt saludó a cada uno de ellos con una breve inclinación de cabeza y penetró después en el edificio.

Los cadetes contemplaron cómo se marchaba. Culpepper se metió entonces la mano en el bolsillo y sacó un par de objetos metálicos que extendió sobre su palma.

—¿Reconocéis esto?

—¡Vaya! —exclamó Lynch, con voz insípida—. Cojinetes para los discos de la computadora. Las piezas originales.

—Los he encontrado en el pequeño cajón de recambios. Antes no estaban allí.

—La maquinaria —observó Von Gluck, asintiendo—

siempre parecía fallar cuando salíamos a comprobar el estado de la vela.

Lynch respiró, produciendo un agudo siseo. Se volvió y se alejó a grandes zancadas. Ostrander le siguió. Culpepper se encogió de hombros. Entregó uno de los cojinetes a Verano, y el otro a Von Gluck.

—Como recuerdo.. o medalla. Os la merecéis.

—Gracias, Ed —dijo Von Gluck.

—Gracias —murmuró Verano—. Me haré un alfiler de corbata con esto.

Los tres, incapaces de mirarse, dirigieron la vista hacia el cielo, donde aparecían ya las primeras estrellas del atardecer. Después, penetraron en el edificio, donde les esperaban familiares, amigos y novias.

## **FIN**

Titulo original: Sail 25 (The best of Jack Vance)

Traducción: José Manuel Pomares

© Jack Vance 1976

© Editorial Bruguera S.A.

Libro Amigo 516

Edición digital: Quinx